

“No soy la que “ayuda”, soy la “ayudada” (Yolanda Ruiz)

Todo es una ayuda para crecer.

El único sentido de la vida es el crecimiento. Y... ¿qué es el crecimiento?

Crecer como un árbol, como una planta hacia la luz, hacia arriba y hacia abajo, porque como es arriba es abajo.

Hacia arriba como la belleza de las flores, de las hojas y hacia abajo con la profundidad de las raíces, bien abajo para tomar el agua y el alimento de la tierra, hacia abajo para sujetarme bien al suelo y así, aunque sople viento fuerte no me arranque.

Hacia abajo para darle profundidad a mi espíritu y base a lo que florecerá más arriba después.

Y hacia arriba para mostrarme al mundo tal cual soy, expandir mi belleza, mostrar mis colores, inundar con mi fragancia el aire. Hacia arriba para recibir la luz y el calor del sol, la frescura de la noche y el tintineo de las estrellas.

Hacia arriba para bañarme de luna y sentir sus ciclos en mi crecimiento, impulsando mi instinto en ocasiones y en otras frenando la locura de lo desconocido para pararme a contemplar la vida.

El crecimiento es sentir la energía que uno es, sentir la savia, la vida circular por todo el cuerpo, el tronco, la raíz, el tallo, las hojas, los pétalos, los frutos.

Crecer es el circular de la vida, de la savia, es el fluir del alimento, no la acumulación o el exceso. Es la sabiduría de lo justo, de no tomar de más y tampoco de menos.

Y en el gran espejo del bosque veo mi reflejo en otros árboles y creo son otros diferentes, más altos, más verdes, con más flores, o más pequeños, más secos, más frágiles. A veces puedo sentir que otros me hacen sombra y no me dejan recibir la luz que necesito para mi crecimiento. Entonces me marchito, mis hojas caen, mis flores se vuelven hacia abajo; y todo esto señala de nuevo el camino hacia donde tengo que mirar. Tengo que bajar de nuevo a la raíz para llegar más profundo y con más fuerza en la tierra para nutrirme, alimentarme lo suficiente. Y esto lo tengo que hacer a ciegas porque no hay luz bajo la tierra. Lo hago sumida en la oscuridad y avanzando sin saber bien que hay más allá.

Y si me atrevo a hundirme en lo más oscuro y en lo más frío e inhóspito, hay un momento en el que encuentro ese alimento que me da la fuerza necesaria para impulsar mi savia hacia arriba y crecer de nuevo hasta superar la sombra de aquel otro árbol. Subir más arriba de él para poder recibir la luz, el calor del sol, la brisa, el aire y ver los pájaros y las estrellas más de cerca.

Tras llegar aquí busco el árbol que me hacía sombra y me doy cuenta que no está, que ha desaparecido y que en realidad era yo misma proyectando una sombra con forma de árbol (con forma de “otro”), que marcaba una silueta y la altura a la que yo debía llegar. Porque los otros árboles no existen como algo diferente a lo que yo soy, son sólo un reflejo, un espejismo, una ilusión.

Y a pesar de saber esto, seguiré creyendo ver árboles gigantes que tapan mi luz, que invaden mi espacio, solo que ahora se que no son “otros árboles de verdad”, sólo son las señales que indican el camino que debo seguir.

Ahora se que son ayudas que recibo y que agradezco tener porque sin ellas no hubiera llegado a la altura a la que llegué. Y desde donde estoy ahora, a veces la contemplación del mundo y de la existencia es una bendición llena de amor.

Otras veces hay animales que viven en mi, y no respetan mi cuerpo, mi ritmo, mis ciclos y se abren paso entre mis ramas formando grandes nidos y parten mis ramas. Estos animales suben a las ramas más finas y por lo tanto más altas porque quieren más luz a costa de asentarse en mi y finalmente mi rama debilitada por el peso cae y con ella, ellos. Y sólo desde abajo volverán a subir. En cambio mi rama aunque rota está a una altura de la que no caerá jamás. A esa rama rota le crecerán con el tiempo nuevas hojas, flores y frutos. La altura alcanzada jamás se pierde, lo único que ocurre es que para seguir creciendo sin derrumbarme es necesario hacerlo profundizando más y más en la tierra; y por lo tanto bajando más y más hacia lo desconocido, hacia la oscuridad del alma. Porque el alma es el alimento de la tierra, el nutriente que me ayuda a crecer. Porque es a nuestra alma a lo que siempre podemos recurrir cuando no sabemos que hacer, ni por donde seguir creciendo. El alma nos da el alimento justo (ni más, ni menos) y del tipo que necesitamos en ese momento. Subir y bajar, bajar y subir, así como la savia fluye en mi, desde la raíz hasta mi fin.